

## Comentarios y reseñas



Isabella Cosse  
*Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2010

Ana Rita Díaz-Muñoz<sup>1</sup>

Sin duda, los años sesenta del siglo XX constituyeron una etapa de profundos cambios y cuestionamientos sociales, culturales y políticos a nivel mundial, cuyo epicentro fueron las grandes urbes de países desarrollados y sus principales promotores los sectores juveniles. En un mundo donde la comunicación ya había adquirido, en buena medida, su carácter global y acelerado, se produjo una rápida transnacionalización de estas nuevas ideas, debates, hábitos y pautas de conducta y de consumo. Nuestro país no fue la excepción; recibió y procesó todas estas influencias en función de su propio contexto sociohistórico.

<sup>1</sup> Ana Rita Díaz-Muñoz es Directora Académica de la School for International Training-Cono Sur.

En este marco, Isabella Cosse indaga en su libro cómo y en qué medida, en el período que va desde principios de los sesenta hasta mediados de los setenta, se cuestionaron en nuestro país los valores culturales específicamente referidos a la pareja, la sexualidad y la familia. El análisis explora las nuevas formas de entender las relaciones de pareja y la familia en sus diferentes etapas y dimensiones: el noviazgo, la convivencia, la sexualidad y la crianza de los hijos.

Tal como explicita la autora, la temática de la familia y la sexualidad en este período no ha recibido demasiada atención desde la historiografía argentina, debido al carácter central que adquirió el análisis de la dimensión política, marcada por un panorama convulsionado, signado por la conflictividad, la violencia, la lucha por nuevos ideales políticos y, paralelamente, por los avances del autoritarismo.

Para contribuir a este espacio de análisis relativamente poco explorado, Cosse se propone reconstruir el proceso que generó un clima de desafío –y, en gran medida, de cambio– frente al modelo de relaciones familiares cristalizado. Desde luego, este modelo naturalizado, nuclear, basado en la división entre el ama de casa y el varón proveedor, funcionaba como norma, detrás de la cual se ocultaba una pluralidad de patrones y valores familiares. Pero, en tanto norma, marcaba el horizonte al que aspirar, aquello que era considerado normal y deseable.

Es esta normatividad familiar la que comienza a ser cuestionada a partir de los sesenta. Ciertamente, como lo señala Cosse, no se trata

de un proceso lineal de aceptación de nuevas pautas, sino que se encuentra marcado por una variedad de reacciones por parte de diferentes actores, con multiplicidad de discursos y programas. En este sentido, los cambios fueron incorporados, resignificados o rechazados según las ideas y posibilidades del grupo o sector receptor.

Las fuentes de información utilizadas son diversas y la autora las combina con singular habilidad para construir el relato. Entre ellas, las revistas de la época, que representaban un mercado sumamente dinamizado dirigido a diferentes segmentos socioeconómicos, ocupan un lugar privilegiado. De particular importancia en este tipo de fuente resultan los correos de lectoras que dan lugar a la voz del “público” de la revista en cuestión y que reflejan sus líneas editoriales en las respuestas del “experto/a”. También se hace alusión a programas radiofónicos y televisivos, así como a manuales de sexología y de crianza. Asimismo, el trabajo analiza desgrabaciones de conferencias sobre estos temas, estadísticas, ensayos y memorias. Por otro lado, se realizaron 34 entrevistas a protagonistas de la época.

El estudio se focaliza en el sector que la autora considera el epicentro de los cambios y desafíos: la clase media en ascenso de Buenos Aires, que, de acuerdo con Cosse, funciona como estándar o parámetro en materia de tendencias culturales para otros segmentos sociales y geográficos. Además del enfoque en términos de clase, el texto adopta un corte generacional, asignando una especial relevancia a las manifestaciones, opiniones y pautas de comportamiento de los

jóvenes, dado que en estos años, a través de sus diversas manifestaciones y cuestionamientos al orden establecido, emergen como actores decisivos y protagónicos –es decir, también “marcan tendencia”-. De esta manera, el libro se estructura en torno a las impugnaciones y cambios referidos a cuatro nudos temáticos: las reglas del cortejo y del noviazgo; la percepción y prácticas respecto de la sexualidad; la concepción de las uniones conyugales; y las nuevas ideas y pautas sobre lo que constituía una maternidad y paternidad adecuadas.

El primer capítulo parte del análisis de las reglas de conducta imperantes hasta el momento en relación con el cortejo y el noviazgo. Se trataba de diversas etapas –el flirteo, el festejo y el noviazgo– que, con diferentes y crecientes niveles de acercamiento y compromiso, se acercaban progresivamente al matrimonio, con un fuerte control parental de todo el proceso. Este modelo ritualizado sufrió un severo cuestionamiento que, sin duda, se vio favorecido por fenómenos sociales como la expansión de la matrícula secundaria y universitaria, que fueron creando nuevos ámbitos de sociabilidad de los jóvenes por fuera de la supervisión parental. Asimismo, también influyeron fenómenos culturales como la exposición de los jóvenes a un nuevo y masivo mercado de consumo que, a través de productos como la literatura, la música, y el cine, les acercaba ideas y modelos de vida novedosos.

Ese cuestionamiento a las reglas vigentes no significó, como bien señala la autora, una tendencia a la anomia, sino más bien la recon-

figuración de las normas sobre lo que resultaba adecuado y esperable. En este contexto, comenzaron a cobrar vitalidad nuevas prácticas, como las citas o salidas a solas y la flexibilización del contacto físico sin que por ello el vínculo debiera formalizarse rápidamente. Comenzó a disociarse el noviazgo de la idea de preparación inmediata para el matrimonio y a aceptarse el noviazgo transitorio. De esta manera, emergen nuevos valores o estándares para evaluar el acercamiento entre parejas: la espontaneidad, la capacidad de escuchar y entender, la habilidad de mantener una conversación inteligente y divertida. La aceptación de un acercamiento más rápido y menos pautado da lugar a un amplio espectro de relaciones de diferentes niveles de intensidad, duración y compromiso.

En suma, entre los años sesenta y mediados de los setenta se produjeron importantes deslizamientos en el ámbito del cortejo y del noviazgo. Y, aunque no estuvieron exentos de la oposición de cruzadas moralistas y de tensiones constantes entre las fuerzas que pujaban entre lo viejo y lo nuevo, a finales del período los cambios constituían una realidad con mayores o menores niveles de aceptación.

El segundo capítulo aborda los cambios en la sexualidad y se estructura en torno a una pregunta central: ¿Existió una revolución sexual en la Argentina de los sesenta? La respuesta no es tajante: existió una revolución sexual, sí, pero “discreta”. Esto significa que hubo una serie de replanteos y cambios, pero que también se mantuvieron otros pilares fundamentales del orden sexual instituido.

En un clima de efervescencia e interés por los cuestionamientos, así como de importantes dificultades para procesarlos, se comenzaron a producir transformaciones en el plano de discurso y de las prácticas sexuales. Entre las más prominentes se destaca la disociación del sexo de lo pecaminoso, el cuestionamiento de la virginidad femenina como requisito para el matrimonio y la aceptación de las relaciones sexuales entre los jóvenes solteros en diferentes claves: como prueba de amor para el matrimonio, como expresión de amor o, simplemente, como parte del cortejo.

Ahora bien, las limitaciones de estas mutaciones en el plano de la sexualidad estuvieron dadas por la persistencia de la pauta heterosexual, de las desigualdades de género y de la importancia de la sexualidad unida a la afectividad. En relación con la vigencia de esta última pauta, la autora explica que precisamente la apelación al amor fue el argumento que legitimó, más que cualquier otro, la flexibilización lograda en el plano del comportamiento sexual.

El tercer capítulo explora la crisis del ideal conyugal vigente. Se trata, según Cosse, de una redefinición del sentido de las uniones más que de una impugnación del valor de la relación estable y heterosexual. El viejo modelo se caracterizaba por una asignación de roles en la que la mujer vela por el bienestar del marido y la familia (los cuida) y este provee, respeta y consulta a la mujer. A partir de los años sesenta se comienza a cuestionar este patrón de “compañerismo” inequitativo y a propiciar uno diferente que pasa a resaltar la comprensión

entre las partes, la autenticidad, la realización personal y la satisfacción sexual.

En este contexto, dentro de la clase media en ascenso y entre las jóvenes generaciones, incluso se empieza a impugnar el modelo de la mujer ama de casa. Si bien se reemplazó el ideal de compañerismo en la desigualdad por uno basado en la equidad, este punto, como señala la autora, “constituyó el nudo más conflictivo en las disputas porque subvertía las jerarquías que habían organizado la familia” (p. 160). La temática resulta de completa vigencia hoy en día, en vista de la creciente participación de la mujer en el mercado de trabajo; y, desde una perspectiva histórica, es del mayor interés profundizar sobre los conflictos domésticos que este nuevo modelo suscitaba y sobre los mecanismos para dirimirlos.

También quedan registrados en este tercer capítulo los primeros antecedentes del divorcio y los primeros desafíos al modelo de matrimonio indisoluble que se dieron entre los más jóvenes (las uniones libres). Aunque es claro que tales cuestionamientos no terminaron de dirimirse en el período analizado, su estudio es de suma importancia porque sentaron las bases para una posterior profundización en décadas posteriores, que terminó plasmándose en nuevas normas y legislación.

El cuarto y último capítulo ofrece un panorama de los cambios que se produjeron en el período acerca de las ideas sobre lo que significaba ser buenas madres y buenos padres. Las nuevas aspiraciones de las mujeres, así como las modificaciones en el modelo de pareja

conyugal, también se acompañaron de mutaciones en el significado atribuido a la paternidad y la maternidad.

El capítulo está basado en los discursos de los expertos, tanto del ámbito de la psicología como de la pediatría, y resalta la prevalencia de la maternidad como hito por excelencia para configurar la identidad femenina. Este fue un mandato no cuestionado. ¿Cómo se articulaba esto con la idea de una “mujer realizada”-nuevo mandato de la época-? De hecho, muchos de los discursos “expertos” comienzan a valorar la imagen de una mujer feliz, equilibrada y satisfecha con sus logros para el adecuado desarrollo de los niños. Desde es punto de vista, se privilegia la calidad sobre la cantidad del tiempo que pasa la madre con los hijos. Para esa época, las exigencias para ser una buena madre se habían incrementado: la problemática de la doble jornada de trabajo era una realidad que comenzaba a experimentar la clase media (ya lo había sido, desde hacía mucho tiempo, para las clases populares). En cambio, los padres se vieron sometidos a exigencias menores. Se trató de un deslizamiento de un modelo de padre distante y autoritario a uno afectuoso y cercano, con algo más de participación y responsabilidad en la crianza (cuyas tareas más arduas y comprometidas quedaban, de todos modos, fundamentalmente a cargo de la madre).

En síntesis, uno de los aportes más significativos de este libro es que ofrece un análisis extraordinariamente completo y detallado de los cambios en la pareja, la sexualidad y la familia, un tema que, hasta ahora, había tenido escaso

protagonismo en la historiografía, a pesar de su importancia por haber contribuido a moldear la vida cotidiana actual de hombres y mujeres. También es de destacar la pericia con que la autora reconstruye las transformaciones experimentadas sin dejar de reflejar los procesos contradictorios que las atraviesan -las vacilaciones, las fisuras y las tensiones propias de un período convulsionado por las nuevas ideas que circulaban en el plano familiar y sexual-. En este sentido, el aporte central de este texto radica en que enfoca el análisis sobre una época donde se comenzó a cuestionar y a pensar lo que era deseable, correcto y esperable en las relaciones familiares. Este es el despertar de un proceso que, sin duda, se extiende hasta nuestros días y que apunta a generar relaciones familiares e interpersonales cada vez más equitativas y democráticas.

Este libro plantea un panorama interesante, en tanto puede ser concebido como punto de partida histórico de un proceso indudablemente vigente. El cuestionamiento al orden familiar *ideal* instituido y cristalizado entre las décadas de 1920 y 1930 -matrimonio heterosexual con un número limitado de hijos, donde la mujer detenta las responsabilidades domésticas y de cuidado mientras que el hombre responde al modelo varón proveedor-, sin duda, todavía persiste en muchos planos. Sin negar los indudables avances logrados en la flexibilización de esta imagen familiar como norma, resulta sintomático el hecho de que ella sigue funcionando como parámetro de referencia incluso entre aquellos que se abocan a promover cambios y a democratizar las relaciones familiares.

Retomar la génesis de este proceso de cuestionamiento aún vigente aporta elementos interesantes para repensar la aproximación a las nuevas transformaciones que se plantean en materia de pareja, familia y sexualidad en la sociedad argentina actual. Avances como la posibilidad del matrimonio de parejas homosexuales y de la adopción de niños por parte de dichas parejas han planteado debates, reacciones moralistas, perplejidades y dificultades de adaptación similares a las que relata Cosse cuando analiza los orígenes de este proceso de mutación en la normatividad familiar y sexual.

Existen también, en la intersección entre sexualidad y familia, potenciales gérmenes de transformación que aún se encuentran en estado de discusión incipiente, como lo es el tratamiento de tema del aborto. En este plano, el aprendizaje respecto de la construcción social colectiva de lo que es moral y aceptable, tal como lo relata Cosse en relación con otros temas sensibles de la época que retrata, es de suma utilidad para pensar a futuro la posible evolución de este debate y las políticas que le seguirán.

Asimismo, las tensiones y procesos analizados en este libro resultan claves para la comprensión y la puesta en perspectiva de otras polémicas y controversias actuales en torno a la sexualidad y la familia. A modo de ejemplo, el debate generado por la reciente inclusión de la educación sexual obligatoria en la currícula educativa nacional puede ser revisado a la luz de los discursos sostenidos en el pasado por actores como la Iglesia Católica y los sectores más tradicionalistas, que hoy se arrojan el

derecho a definir qué se enseñará y cuál será el rol o control que las familias podrán ejercer sobre esos contenidos.

Un punto importante de continuidad con los temas tratados en el libro se relaciona con un fenómeno que comienza a insinuarse en los sesenta y que todavía es objeto de profunda discusión: el desafío a la división tradicional de roles de género (mujer ama de casa y varón proveedor). En las décadas subsiguientes a los años sesenta, la tasa de participación femenina se intensificó de manera sostenida, acelerándose particularmente durante los noventa a raíz de la caída de los ingresos de los hogares, con la salida masiva de cónyuges mujeres, antes inactivas, al mercado de trabajo. La situación ha ido configurando un escenario de inequidad, cada vez más generalizado, en la distribución de tareas, responsabilidades y tiempos de ocio, e impulsa un creciente debate en torno a la necesidad de democratizar dicha distribución entre los distintos miembros del hogar, particularmente entre varones y mujeres.

Las dos últimas décadas han sido prolíficas en estudios relativos a las desigualdades de género en dos planos donde esas inequidades se retroalimentan: el ámbito laboral y el seno doméstico. Dentro de la familia, la perdurabilidad de los mandatos culturales respecto del contenido de los roles masculinos y femeninos –y particularmente el que marca la asociación de lo femenino con el cuidado y lo maternal– plantea un dilema difícil de resolver, dada la altísima demanda que significa para las mujeres compatibilizar el trabajo remunerado con las responsabilidades intraho-

gareñas que les son culturalmente atribuidas. Aquí también, en consonancia con el relato de Cosse, surgen una multiplicidad de voces, posturas y programas. Detrás de los debates y de las propuestas de políticas, si bien en forma sutil, también se filtran diferentes miradas. Estas pueden tener un tinte promaternalista (favorecer mediante diferentes medidas la articulación del doble rol de la mujer, sin cuestionarlo) o pueden, por ejemplo, inclinarse hacia la socialización del cuidado (participación del Estado en la provisión de servicios de cuidado, propiciando así la disolución del vínculo aparentemente inmutable entre la mujer y este tipo de labores). Se trata de un proceso abierto en los años sesenta; y, en este sentido, el análisis de Cosse resulta vital a fin de conocer la génesis del fenómeno y discernir su evolución a lo largo de tiempo.

Los cambios más salientes logrados en años recientes respecto de la normativa familiar, al igual que lo ocurrido en los sesenta, son producto de una profunda lucha por asignar diferente sentidos a un mismo fenómeno –la pareja, la paternidad/maternidad y la sexualidad–, proceso que el trabajo de Cosse refleja con maestría, aportando un conocimiento clave para su comprensión.